

PIQUERAS INFANTE, Andrés (2017):  
*La tragedia de nuestro tiempo. La destrucción  
de la sociedad y la naturaleza por el capital.*  
Barcelona, Anthropos.

LLUÍS CATALÀ OLTRA

DPTO. SOCIOLOGÍA II, UNIVERSITAT D'ALACANT

Con *La tragedia de nuestro tiempo* estamos ante un libro que se antoja esencial para la comprensión del momento en el que vivimos. No por su minuciosa descripción de la actual fase de desarrollo del capitalismo y los posibles caminos que puede tomar, sino por su indudable valor didáctico. Lógicamente, no es un libro para todos los públicos, pero huye de la maraña léxica y matemática de otras aproximaciones que tienen como objeto desentrañar el sistema capitalista. A pesar de ello, el papel de la ley del valor está correcta y comprensiblemente expuesto, como en general el resto de ideas y argumentos. Estos van hilándose a partir de recapitulaciones sintéticas que consolidan la intención didáctica. De esta manera y entendiendo el libro como teoría para la acción, se amplían los potenciales lectores que podrían constituir, en una dimensión agencial, los sujetos colectivos llamados a protagonizar la transformación sistémica en el periodo de estertor capitalista que, en este escrito, se da por iniciado.

Piqueras describe una fase del modo de producción capitalista en la que se combinan automatización, financiarización, desposesión y lo que otros denominan *lex mercatoria*<sup>1</sup> para destruir el medio *socionatural*. El poco rentable desarrollo tecnológico (porque las innovaciones se vuelven obsoletas rápidamente y no da tiempo a rentabilizar la inversión) implica el empleo de

cada vez menos trabajo vivo y, por tanto, más paro pero también, y lógicamente, menor generación de valor (que solo se puede extraer del trabajo vivo). Ello pone inevitablemente en peligro el propio sistema, porque el capitalismo solo cabe si hay acumulación de plusvalor. El capital responde exprimiendo más al trabajador para obtener el máximo valor de aquellos de los que puede hacerlo. En paralelo, el vasto ejército de reserva y una población ocupada temerosa de perder su empleo se afanan por adquirir destrezas para tener más opciones en el mercado de trabajo, unas habilidades que rápidamente caducarán por la rueda de la innovación. Además, las infotecnologías han dado pie al llamado “capitalismo cognitivo”, que, gracias a la interconectividad, nos hace disponibles cada vez más tiempo y, por tanto, también aumenta la capacidad de explotación por esta vía. Entre la formación para el mercado laboral, el tiempo de trabajo, esa plena disponibilidad y la necesidad de desarrollar trabajos de cuidado o reproductivos por desmonte de los resortes de bienestar, regalamos cada vez más tiempo al capital. De este modo se individualiza más a los sujetos y se limita la comunicación en el entorno comunitario, con lo que ello implica de socavamiento de la cohesión social. El resultado es la extenuación de los seres humanos y el incremento de patologías (en particular las directa o indirectamente relacionadas

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro: *Contra la lex mercatoria. Propuestas y alternativas para dismantelar el poder de empresas transnacionales*, Madrid, Icaria, 2015.

con un desgaste mental). La atención a ese tipo de consecuencias y el empleo de términos como *dolor*, *sufrimiento*, *depresión*, *aislamiento*... tienen su sentido en la necesidad de conexión con la realidad, indispensable para un texto “multidisciplinar” (antropología, sociología, psicología, economía...) que quiere servir a la acción de los sujetos colectivos.

Por otro lado, la financiarización, que ha sido posible en buena parte por el desarrollo de las infotecnologías, ha contribuido también a la relegación del trabajo vivo y al incremento del paro, en gran medida por su desconexión de la economía productiva, a la que sigue minando pese a la profunda crisis de 2007-2008. La economía financiera alimenta un tipo de capitalismo especulativo-parasitario y mueve al abandono de la pretendida “función social” del capitalismo, puesto que ahora adopta una versión que solo confía en el dinero para hacer dinero. Y la vía principal para amasar riqueza es precisamente el endeudamiento, que afecta directamente a las personas, cada vez más estranguladas y dependientes del crédito, y también indirectamente, porque se da prioridad al pago de la deuda recortando en gasto público.

Otro ingrediente del cóctel letal descrito por Piqueras es la desposesión, que se concreta en la apropiación de recursos naturales (limitados y en muchos casos en vías de desaparición), servicios públicos (principalmente a través de privatizaciones de diversa índole) y, en general, la vida del medio sicionatural. Especialmente llamativa es la dificultad para obtener energía barata y los obstáculos que se ponen al desarrollo de fuentes limpias, así como la necesidad de apropiarse de cada vez más espacios por las dificultades estructurales para obtener valor.

El último de esos ingredientes es el superestructural, el entramado institucional y legal al servicio del capital transnacional, que relega a los parlamentos estatales, minoriza la soberanía de los pueblos y evidencia la necesidad de que la política enmiende la economía para garantizar la hegemonía del capital. Es una cuestión de gran

importancia a la cual quizá se le ha dedicado poca atención en esta obra frente al resto de elementos.

En suma, la acción de automatización, financiarización, desposesión y *lex mercatoria* acentúa la autodestrucción del capital, el sufrimiento de la sociedad y la depredación de la naturaleza. La desigualdad social y otro tipo de desequilibrios generados provocan un incremento de la inestabilidad que activa un capitalismo cada vez más despótico y alejado de prácticas democráticas.

Ante esa situación se abren, según Piqueras, dos posibles vías. Una, la implosión del sistema, que podría dar lugar a un modo sin acumulación en el que, autoritariamente, se desarrolla una automatización y robotización avanzada para unos pocos, en contraste con una masa social “barbarizada” y en competencia por las migajas (de todos modos, también podrían darse residuos autónomos con experiencias de cooperación). La otra vía sería la revolucionaria, que implicaría transformaciones sociales de calado para favorecer a la mayoría social. Pero, para oponerse a la *hegemonía de la dominación*, se necesitaría articular una *hegemonía de la emancipación* que combinase las experiencias autónomas de cooperación y praxis alternativa con un frente amplio ligado al trabajo, pero alimentado por otras luchas. El nuevo modo resultante debería dar un enfoque social a los procesos de automatización y robotización, y reconocer el valor de los seres humanos fuera del valor de cambio capitalista.

Frente a este hilo argumentario, que merece la pena leer en detalle, no caben demasiadas objeciones, pero procede apuntar algunas líneas por desarrollar o cuestiones que matizar, al margen de lo ya comentado sobre la *lex mercatoria*, fundamentalmente como reto para nutrir a los lectores que han quedado con ganas de más. Por ejemplo, lo relativo a la construcción de una alternativa desde un punto de vista agencial, que es algo que el propio autor ya ha abordado en otras publicaciones desde hace tiempo<sup>2</sup>. Ciertamente es que, como subraya Piqueras, el asunto entraña una complejidad notable (en

<sup>2</sup> Por ejemplo, *Conciencia, sujetos colectivos y praxis transformadoras en el mundo actual*, Madrid, SODEPAZ, 1997.

parte por su carácter prospectivo), pero, al margen de generalidades como la formación para la conciencia o la interconexión, no acaban de verse claros los mecanismos para activar a los sujetos colectivos con capacidad transformadora. De todos modos, también es verdad que no era ese el objeto fundamental de este libro y, además, la hegemonía capitalista no está, de momento, amenazada. Pero, por sus implicaciones, la resolución de este enigma de la activación de los sujetos colectivos sería uno de los grandes logros de la ciencia social crítica y, por tanto, en este caso, se asume el carácter tentativo y se aprecia la valentía del afrontamiento, a la espera de la “fórmula mágica”.

También se echa de menos quizá y queda para futuros desarrollos la exposición de diferencias regionales en el desarrollo agencial y en las relaciones de producción, y las posibles derivadas de esas disimilitudes considerando elementos de tipo cultural, más allá de lo brevemente explicado en el apartado 4 del Apéndice. En este sentido, y en principio acertadamente, la perspectiva es verdaderamente mundial, como procede tratándose del modo de producción capitalista. Pero es necesario afrontar los inconvenientes de la formación de un frente amplio en territorios donde, en la conciencia de los trabajadores, lo religioso o lo étnico se imponen claramente a la dialéctica capital/trabajo; y no son pocos esos espacios.

Asimismo, y aunque lo expuesto alimenta correctamente el argumento de conjunto, sería adecuado que en un futuro se profundizase más en los costes de destrucción del medio natural, los límites ecológicos, la capacidad de carga del planeta; las implicaciones económicas de la necesaria regeneración del medio natural, los costes del cambio del modelo de explotación de los recursos naturales (qué se podría hacer, qué no, qué costaría el cambio de modelo energético, etc.); la posibilidad de un crecimiento planificado que no impacte

negativamente sobre la naturaleza (una especie de “socialismo cognitivo”) o si eso es posible con la actual sobrepoblación (que aún irá a más); nada se dice sobre el debate marxismo-decrecentismo. . . Por otro lado, se intuye que lo deseable sería el paso a una economía planificada y organizada democráticamente, pero tampoco se dice demasiado sobre los avances en este campo en la era de las TIC, aunque no sean demasiados –véase Paul Cockshott y Maxi Nieto: *Cibercomunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017.

Finalmente, se insiste en la dualidad capitalismo industrial / capitalismo especulativo parasitario cuando no está claro que esta distinción sea válida más allá de unos rasgos más o menos acentuados en función del momento de desarrollo tecnológico y social. El capital es básicamente el mismo y, adaptativamente, va tomando los caminos necesarios para incrementar su riqueza a costa del medio socionatural. Abundar en esa distinción puede llevar a contraponer un capitalismo “bueno” a otro “malo”, cuando quizá el “bueno” era sencillamente fruto de una correlación de fuerzas menos favorable al capital, que cumplía su presunta “función social” empujada por la fortaleza sindical y/o por la presencia del bloque soviético. El dominio tan acusado del capitalismo financiero solo se ha podido dar cuando las infotecnologías lo han posibilitado y seguramente los capitalistas del siglo XIX o de la década de los sesenta del siglo XX no hubiesen hecho muchos ascos a los paquetes de deuda, si hubiesen contado con esa opción para redoblar sus beneficios.

Son solo anotaciones de quien ha disfrutado de la lectura y quiere seguir haciéndolo, y que no desmerecen un producto que debe ser considerado imprescindible por su acierto compilatorio, valor didáctico e intención propositiva.